

伝統遊戯からスポーツへ : スポーツ的遊戯の抑止 できない世界化

タイトル(その他言語)	Del Juego Tradicional al Deporte : La Imparable Mundialization del Juego Deportivo
著者	パルレバ ピエール
journal or publication title	Journal of Research Institute : Historical Development of the Tibetan Languages
volume	52
page range	83-97
year	2015-03-01
URL	http://id.nii.ac.jp/1085/00001758/

Del Juego Tradicional al Deporte :

La Imparable Mundialización del Juego Deportivo

Pierre Parlebas

pierre.parlebas@free.fr

Traducción: Joseba Etxebeste Otegi

A lo largo del último siglo, nuestra sociedad ha abandonado los juegos tradicionales, en una galopante mundialización, en beneficio de los nuevos juegos institucionalizados.

¿A qué lógica responden estos deportes?

¿En qué aspectos es beneficiosa la mundialización?

Desde hace varios decenios, la oposición entre juegos tradicionales y deportes está simbólicamente en el corazón de los debates pedagógicos que contraponen tanto una diferente concepción del niño y como un antitético modelo de sociedad. La corriente pro-deportiva, como “práctica social” impulsada por las instancias nacionales y mundiales, afirma que el deporte posee una indiscutible superioridad sobre las otras actividades consideradas menores. Así, en los *Cahiers du Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes*, Yvon Adam escribe: “Cuanto más se perfeccione un deporte en su juego, sus reglas, sus técnicas, cuanto más exija un nivel metodológico fuerte, más posibilidades educativas ofrece. Por eso pensamos que ciertos juegos no institucionalizados, como por ejemplo *la cadena* o *el marro*, tienen un escaso valor educativo.” Esta afirmación es a todas luces excesiva.

¿El valor de una actividad física y de un juego deportivo está en relación a su sumisión al dispositivo institucional? ¿Es la presencia de un aparato administrativo capaz de controlar y uniformizar las actividades motrices, el criterio de la calidad educativa de las actividades? Es cierto que gracias a la mundialización, el deporte permite a jugadores de culturas y de lenguas diferentes interactuar en el campo de juego con coherencia, de un modo coordinado y de desarrollar un diálogo corporal armonioso. Incapaces de comprenderse por la palabra, los practicantes comunican por la acción motriz; ¿habrán encontrado el lenguaje universal?

Prácticas locales o prácticas mundiales

El deporte se plantea como una actividad federal, una práctica que permite materializar intercambios entre personas de países alejados, incluso de las mismas antípodas. El deporte se ve a sí mismo como la cultura corporal del ecumenismo universal. Despreciando las disputas de las prácticas locales, permite el acceso a prácticas mundiales. En cierta medida, gracias a él, el planeta se transforma en una gran aldea. En resumen, mundializándose, el deporte se hace accesible a todos y permite la comunicación entre las personas.

El hecho está ahí: muchas federaciones deportivas internacionales, como el fútbol, atletismo, baloncesto o tenis, agrupan a más países que la propia ONU. Son 198 los países que se congregan bajo el paraguas de la Federación internacional de fútbol, ¡mientras que la ONU no aglutina a más de 176! Gracias a la complicidad interesada de la televisión, el deporte se ha convertido en un espectáculo familiar para millones de habitantes del planeta. El deporte representa un espectáculo de masas que ha engendrado una práctica mimética masiva. De este modo lo celebramos: cómo un medio de aproximación entre pueblos. ¿Pero es eso cierto? ¿No se podría también descubrir el reverso de la moneda?

El espectacular desarrollo del deporte ha arrastrado a la marginación a la gran mayoría de prácticas corporales, especialmente a los juegos motores tradicionales. La gran prensa se ha convertido en el cantor de las gestas de los gestos deportivos. Abandonadas las partidas de *Marro*, de *Bilarda* o de *Chorromorro*¹, barridas las regatas náuticas regionales, olvidadas las partidas de pelota pirenaica o de *Palma de la Picardie*, se desprecian los juegos de la aldea. Solo los juegos institucionalizados son reconocidos en el plano internacional.

Los Juegos Olímpicos y los Campeonatos del Mundo de las diversas modalidades se han convertido en los representantes emblemáticos del planeta motor. La conclusión es definitiva: los juegos tradicionales de ámbito local han sido suplantados por los juegos internacionales de la esfera global. Pero... ¿Cómo se ha impuesto esa hegemonía del deporte?

Las primicias de la mundialización

Durante muchos siglos, la sociedad occidental ha vivido alrededor del Mediterráneo. El vaso de esta mar nodriza fue la matriz de grandes acontecimientos sociales, comerciales, religiosos y científicos. Pero poco a poco, después de los Grandes

¹ Nombre de los juegos en francés y en el mismo orden : jeu des barres, du quinet, et du cheval fondu.

Descubrimientos del Renacimiento, el interés se desplaza hacia el Atlántico norte. Lo que se denominaba el Finisterre, es decir, “el fin de la tierra”, que era considerado como un camino sin salida, resultó ser la plataforma de despegue hacia las tierras prometidas. El gran litoral europeo se presentó como la línea de salida, abierta hacia *El Dorado*, mientras que las costas mediterráneas se encerraban sobre el espacio enclaustrado de sus riquezas censadas y celosamente defendidas.

Las primicias de la mundialización nacen en el Renacimiento que, apoyándose en los avances anteriores de la Edad Media, ha revolucionado la concepción del universo y la gestión de los territorios. En aquellos tiempos, los juegos físicos son el pequeño teatro local donde se juntan la singularidad de la vida de los pueblos, de las aldeas y de sus gentes. Los divertimentos, bajo el término “desport”, conocen una existencia regional. Cuando un juego se extiende por la mediación de los pastores o mercaderes, se lo apropian los campesinos adaptando las reglas al contorno y a las costumbres del terruño. El país es una constelación de variables lúdicas en las que cada vecindario reclama su originalidad, testigo de una identidad enraizada en las prácticas corporales. El paisaje lúdico ofrece un mosaico lleno de color, prodigiosamente diverso. La situación cambia en el siglo XIX. Diseñadas a lo largo de los siglos precedentes, las transformaciones culturales y técnicas convulsionan los modos de vida. El deporte iba a acompañar esta revolución industrial y convertirse en uno de sus estandartes. Transformándose en deportes, los juegos físicos van a cambiar de naturaleza, van a cambiar de lógica interna: las características de racionalidad y de estandarización del modo de producción capitalista van a conferirle de nuevas propiedades, muy alejadas de aquellas de los divertimentos de los pueblos. El espacio del deporte se convierte en un espacio contrastable y estable; el tiempo se somete a los *Diktas* del cronómetro; los objetos del deporte se transforman en productos industriales de alta tecnología; las interacciones entre los practicantes fueron estrictamente regidas por imperiosas convenciones de tipo competitivo. La medida, la puntuación y el record reinan sobre el estadio, el gimnasio y la piscina.

La profunda transformación social y económica que conoció la Europa del noroeste, y especialmente la Francia del siglo XIX, provocó una mutación de creencias y de modos de vida; ella fue el origen de la lenta erosión de las identidades culturales locales donde las reclamaciones de autonomía corsa, bretona o vasca actuales son un botón de muestra. A este proceso de desgarró, el sociólogo Eugen Weber lo llamó “el fin de los terruños”. Las nuevas condiciones de vida asociadas a un imaginario colectivo que celebra el progreso, la velocidad y el rendimiento, van a coincidir con la emergencia del deporte. El “fin de los terruños” del que habla Eugen Weber, corresponden al inicio de las áreas de lanzamiento, de las pistas de carreras y de las zonas de saltos. El paisaje social de los divertimentos va a transformarse

por la imposición de un calendario, de una temporalidad propia que va a coordinar la sucesión de encuentros y acontecimientos deportivos.

Co-incidencia: deporte y democracia liberal

Son numerosos autores que han puesto encima de la mesa la dependencia de este deporte internacional con los modos de producción capitalista. No obstante, parece que la relación entre deporte y un régimen político original no se ha percibido suficientemente. Ciertamente muchos autores han insistido, con razón, sobre la simbiosis realizada entre los deportes y los regímenes totalitarios del tipo musoliniano, hitleriano o estaliniano. Pero en realidad el deporte no nació en los regímenes dictatoriales; muy al contrario, se impuso en relación con la afirmación progresiva del régimen de democracia liberal, que se afirma en un espacio preciso, la Europa del noroeste, y en una época muy identificable, el último tercio del siglo XIX. Coincide rigurosamente con la puesta en marcha de la empresa deportiva: democracia liberal y deporte nacen en el mismo lugar y en el mismo momento. La coincidencia no puede ser fortuita.

La democracia liberal, cuna del deporte, no se presenta como un régimen liso y coherente; más bien se encuentra repleta de intenciones contradictorias que chocan permanentemente en los países en los que se aplica. Sin duda, podremos encontrar esas contradicciones en el fenómeno deportivo, por el simple hecho de que toda motricidad es una etnomotricidad. La perspectiva liberal favorece la franca competición, la libre circulación de personas, la aceptación de las leyes del libre mercado, la aparición de una élite de excelencia. La opción democrática impulsa la igualdad de oportunidades y la similitud de condiciones; subraya el contrato social, se preocupa más de los débiles que de los triunfadores; apacigua la brutalidad de las competiciones disminuyendo las disparidades interindividuales, impone el arbitraje del Estado. Conviven por un lado, una especie de "darwinismo deportivo", y por otro, una regulación centralizadora. La democracia liberal tiene una dinámica delicada, busca un equilibrio en la vertiginosa cresta divisoria bajo la amenaza permanente de provocar la caída hacia una de las dos vertientes: la que valora la libertad y los poderes del individuo o la que limita y controla la sociedad.

Lo que nos interesa en este artículo es la tensión que, como en un arco voltaico donde los electrodos se mantienen en contacto por el fulgor de la llama, se almacena en la realidad del fenómeno deportivo. El ejemplo de la ley Bosman, que sacudió el mundo del fútbol, es un ejemplo revelador del punto de vista liberal; favoreciendo la libre circulación de los participantes en el interior de la Unión Europea, esta sentencia deslocaliza a los jugadores, provocando un proceso de europeización, preludio de la mundialización. Y en la misma línea, se corre el riesgo de desorganizar la gestión de los clubes, que echan pestes contra los que juzgan

un margen excesivo de autonomía por parte de los jugadores (paradójicamente, será la búsqueda de los beneficios suplementarios lo que incitará a los clubes favorables a la economía de mercado, ¡a atenuar el excesivo gran liberalismo del mercado!). Coexisten, de un lado, bajo la “marca” liberal: la competición a ultranza, el establecimiento de record y de clasificaciones, la dominación de la elite y el advenimiento de los “dioses del estadio”; y de otro lado, bajo los auspicios democráticos: el acceso de todos a las actividades, la igualdad de oportunidades, la equidad en la confrontación (categorías de pesos, de edad, handicaps...), el arbitraje que asegura la lealtad en el encuentro. Esta viva oposición entre las dimensiones liberal y democrática está en el corazón del deporte que aparece entonces como un Jano² de dos caras. El deporte que da permanentemente alas a estos conflictos, está ferozmente negada por una mayoría de autores que no quieren ver en las manifestaciones negativas más que fenómenos parásitos, simples y penosas desviaciones. Sin embargo hay que rendirse a la evidencia: la evolución mundialista del fenómeno deportivo sobrevalora el aspecto de la competición conquistadora y elitista, en detrimento de la otra cara sonriente del dios de los encuentros amistosos, encaminado a no ser más que una coartada.

Las naciones del noroeste de Europa, al cambiar de régimen político en el siglo XIX, cambios asociados a profundas mutaciones socio-económicas, han variado correlativamente sus valores, sus modos de vida y sus divertimentos. El abandono de los juegos tradicionales a favor de los juegos institucionalizados – el deporte – responde a un cambio de civilización. Esta nueva cultura tiene una irresistible tendencia a imponer la estandarización y la uniformidad de los espacios, de los tiempos, de los objetos y de los comportamientos. Por su afiliación al mundo industrial y comercial de la economía capitalista, la cultura deportiva ha desarrollado una verdadera multinacional del espectáculo: vende el producto y lo instala con un éxito absoluto en el ámbito de la comunicación de masas, lo que va a influenciar, en contrapartida, sus propios contenidos.

El deporte: una actividad distintiva

En este punto de nuestro análisis, una cuestión se nos plantea bruscamente: ¿qué sentido tienen las palabras que empleamos? El termino “deporte” es prodigiosamente polisémico. Si se quieren evitar los malentendidos y las confusiones, es conveniente de dotar de significado los conceptos que utilizamos.

Está claro que la etiqueta verbal – el “significante” – que nosotros asociamos a realidades extra-lingüísticas estudiadas, es convencional, “arbitrario” como dicen los

² Nota del traductor francés-español: Jano, dios romano, en latín *Janus*, poseedor de dos caras en la cabeza, una en el frente y otra en el dorso.

lingüistas. Este aspecto convencional es propio de cada cultura y puede suponer desfases semánticos importantes. Así, para ciertos autores, el término “deporte” aúna el conjunto de las actividades físicas de ocio; esta concepción es tan legítima como otras, pero convendría distinguir, en el seno del conjunto pletórico del deporte, los subconjuntos de prácticas físicas tipificadas que respondan a patrones y a realidades diferenciadas. El problema de la pluralidad de las categorías de actividades ludomotrices irreconciliables se esconde provisionalmente por la atribución a todas ellas de la misma denominación, ¡para que resurja de todas ellas la mejor!

Por nuestra parte, nosotros hemos optado por una definición operatoria del deporte; es decir, por una definición que se apoya sobre criterios objetivos y controlables. Dentro de esta óptica, el concepto de deporte requiere la conjunción de cuatro criterios que vamos a recordar rápidamente:

- Una situación motriz: la puesta en juego corporal es pertinente. El ajedrez o el juego de cartas del bridge, que no exigen conductas motrices de los jugadores en tanto que rasgo pertinente, no son deportes.

- Unas reglas: sin reglas, sin limitaciones que definan el universo autorizado de acción motriz, no hay deporte.

- Una institucionalización: que asocia un anclaje social y mediático decisivo. Concebido frecuentemente como una simple actividad de tipo físico, el deporte moviliza en realidad potentes palancas económicas y políticas. El factor capital que da al deporte su identidad, es precisamente el proceso de institucionalización, que aboca en la creación de federaciones deportivas y de grandes instancias internacionales (Comité Olímpico Internacional, Copa del Mundo de fútbol, campeonatos diversos...). Este reconocimiento oficial – jurídico, económico, político – permite al deporte alzarse a la primera fila de los movimientos sociales, donde la televisión actúa como altavoz mundial. No debe sorprendernos que este rasgo sea considerado como una característica definitoria del deporte.

En esta óptica, el deporte puede ser definido de un modo simple y conciso como el conjunto de situaciones motrices codificadas de un modo competitivo e institucionalizado. Basándonos en esta definición, podemos distinguir entre el conjunto de actividades físicas otras categorías de prácticas, que responden a necesidades diferentes y que estarán, sin duda, influenciadas de un modo variable por la mundialización:

- Los casi-juegos deportivos: juegos físicos informales, desprovistos de reglas, sometidos a costumbres locales y dependientes de los imperativos del medio – correr-footing-jogging, esquí, kayak, bicicleta, natación... en sus vertientes de ocio.

- Los juegos deportivos tradicionales: juegos físicos codificados, no institucionalizados, y a menudo nacidos con una larga tradición ludo-cultural – las cuatro esquinas, el marro, el chorromorro, la bandera...

- Los casi-deportes: constituyen los juegos deportivos concebidos bajo el modelo de los deportes, pero que no han conseguido obtener una notoriedad institucional completa y plena. Estos juegos “semi-institucionalizados” son de ámbito regional y no mundial – regatas náuticas del Midi francés, el juego de pelota vasca, la lucha Canarias...

- Los juegos deportivos de calle: prácticas ludomotrices urbanas, a veces nuevas, otras imitando a los deportes consagrados, que se rigen por simples y fluctuantes reglas en un marco de improvisación – baloncesto, fútbol o hockey “de calle”, rollers, skaters...

Estas distinciones evitan anquilosar la multiplicidad de las actividades físicas en una sola categoría, supuestamente monolítica: el deporte. Podemos también identificar el itinerario de cada práctica, ocasionalmente jalonado de transformaciones, que hacen pasar la actividad de una categoría a otra. A lo largo de los últimos decenios, una marea de casi-juegos ha conocido una deportivización asombrosa y se han convertido en deportes de pleno derecho: el windsurf, la escalada, los roller, las bicicletas de montaña, el bicross o bmx, el volei playa... Esta observación diversificada señala que el deporte no es más que un subconjunto de actividades físicas entre las muchas posibles. El deporte no es una actividad “natural”, ineluctable, evidente por sí mismo, sino que responde a una elección cultural, datada y localizada. Entre las diferentes categorías identificadas, ella es la única que conoce una mundialización con vocación conquistadora; y es lógico pensar que este éxito esté ligado a sus rasgos constitutivos: la institución, que mantiene un rol decisivo, elige los tipos de competición más aptos para captar un mayor número de espectadores. Una cuestión, que raramente se plantea, merece tenerse en consideración: ¿por qué ciertas actividades tienen acceso a la mundialización mientras que otras se mantienen confinadas en una regionalización? ¿Las prácticas seleccionadas por las instancias institucionales para hacer de ellas deportes se han escogido, como se pretende hacernos creer, por su mayor riqueza y su eventual superioridad?

¿Internacionalidad... superioridad?

Como un vuelo de halcones jerifaltes fuera de su puerto natal³, descubriendo las insospechadas riveras de la Indias occidentales, la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*⁴ surcaron las primeras estelas que inevitablemente iban a arrastrar un lento proceso de mundialización y que invadirán con sus consecuencias espectaculares el mundo

³ El autor utiliza el primer verso del poema *Les conquérants* (1868) de José-Maria de Heredia que dice así: *Comme un vol de gerfauts hors du chamier natal.*

⁴ Nombres de los barcos de Cristóbal Colón en su primer viaje de descubrimiento de América.

de hoy. Este fenómeno de importantes consecuencias sociales, que no se han puesto en relieve hasta hace poco, posee sin embargo en el ámbito deportivo una relevancia anterior. En 1892, exactamente cuatro siglos después del descubrimiento de América, hace ahora más de un siglo, el barón Pierre de Coubertin anuncia en la Sorbona su proyecto de refundación de los Juegos Olímpicos.

Se puede, en efecto, considerar que la mundialización del deporte conoció su acto fundador institucional en el éxito organizativo de los primeros Juegos Olímpicos modernos que se desarrollan en Atenas en 1896. Después de un siglo largo de existencia, llegada la madurez, el deporte extiende su red de reglamentos, de pruebas y de hazañas alrededor del planeta. Acompañada por una fuerte mole institucional y comercial, conectada en el gran canal de los flujos económicos, ha conseguido alzarse a una esfera de influencia mundial. Este éxito del deporte se presenta a menudo como un signo de la superioridad sobre las otras actividades físicas, atribuyéndole, por ejemplo, una superioridad en el ámbito educativo. ¿Es esto cierto?

Extraordinariamente adaptado al sistema económico y mediático, el deporte es una mercancía que se vende bien gracias a su excepcional espectacularidad. En ese terreno, el deporte es imbatible. Pero los recursos potenciales de las actividades ludomotrices no se reducen especialmente a su dimensión económica. La mitificación de una práctica no significa necesariamente su "superioridad".

Con el fin de ofrecer "productos" atractivos sobre el plano internacional, las reglas del deporte se conciben para exaltar su espectacularidad, y de este modo, deben respetar reglas que confinan la acción dentro de estructuras estandarizadas, repetitivas y limitantes. Así, lo hemos podido decir en otros artículos (1981, 1984), el deporte no es ni una actividad universal, ni un juego más noble que los otros juegos de los que pretende ser su cúspide coronada. El deporte representa solamente una franja del espectro de las actividades físicas, pero una franja maravillosamente explotada en sus facetas más atractivas. Los juegos o los casi-juegos no son juegos menores, simplemente "preparatorios" a los deportes como ciertos autores disfrutaban afirmándolo, sino que prácticas a veces más complejas y más sutiles que los juegos institucionalizados. En efecto, con el fin de resultar atractivos cada vez a más gente, estos deben de ser juegos "simples" y susceptibles de favorecer identificaciones emotivas inmediatas fácilmente lisibles para el espectador neófito. El análisis de los reglamentos de diferentes deportes revela que las modificaciones sucesivas de los códigos deportivos evolucionan todos hacia la claridad y la simplificación propicios a la atracción al espectáculo. Cuando se pasa de los juegos tradicionales a los juegos institucionalizados, no se observa una diferencia de grado orientada del inferior al superior, sino una diferencia de naturaleza.

El análisis comparativo de los universales, es decir, de las estructuras operatorias de funcionamiento de los juegos deportivos (sistema de puntuaciones, estructura de

roles sociomotores, redes de comunicaciones...) revela esta cristalización institucional sobre estructuras elementales y fácilmente descifrables exaltando el enfrentamiento y la victoria, mientras que las estructuras tradicionales poseen un abanico mucho más diversificado de estructuras de acción más ricas y más complejas. El acceso a la escena mundial acrecienta todavía más esta tipificación de las especialidades deportivas según los marcos y los mecanismos de acción simplificadas, uniformadas, y de una lectura inmediata. La pretendida superioridad del deporte no es más que una ilusión. Para ilustrarlo, vamos a comparar los modos del deporte por un lado; y los de los juegos tradicionales por otro, considerando la relación social que une al conjunto de los jugadores. ¿Sobre qué esquemas de interacciones motrices se cimientan la puesta en marcha de la sociabilidad ludo-motora en las dos categorías de juegos deportivos? ¿De qué naturaleza es la relación social promovida?

La sociabilidad en acción

El cuadro que adjuntamos (Ver Tabla 1) presenta esquemáticamente una quincena de redes de interacción que cubren la casi totalidad de los juegos deportivos. Constituyen verdaderos órganos generadores de relaciones sociales. Se observa que solamente un tercio de estas redes está presente en el deporte mientras que los otros dos tercios se constatan exuberantes en los juegos tradicionales. Además, la naturaleza de esas redes es muy distinta: las estructuras institucionales son exclusivamente de enfrentamientos absolutos entre dos o más de dos adversarios –individuos o equipos- colocados en el inicio de la partida en condiciones de igualdad, de simetría. Incluso la red de cooperación se sumerge en una red de competencia que acabará definiendo una dominación final. Por otro lado, los juegos tradicionales ofrecen una amplia paleta de redes de comunicación extremadamente variadas. Junto a los duelos, coexisten estructuras más originales e insólitas, a menudo con la gracia de la disimetría de los roles: “uno contra todos”, “todos contra todos”, un “equipo contra todos los demás”, e incluso la estructura “paradojal” de Gregory Bateson que introduce el “doble contrato” lúdico ligado a la ambivalencia de las relaciones autorizada en ciertos juegos.

Analizando en profundidad la mundialización de la cultura Jean-Pierre Warnier constata que: “A partir del siglo XVII, las sociedades occidentales han invertido la relación que existe entre la producción de cosas y la producción de sujetos socializados. La lógica de la producción de los bienes materiales se ha impuesto sobre la de las personas.” En la evolución de los juegos deportivos, se observa un fenómeno de este tipo que tiende a suprimir la diversidad y la sutileza de la comunicación ludo-motora en beneficio de un modelo rígido del antagonismo absoluto asociado a un universo de accesorios materiales altamente sofisticados. El juego tradicional multiplica las formas de relación social y de convivencia despreocupadas de los productos materiales, mientras que el deporte se restringe a

un esquema de pura dominación apoyada sobre una tecnología puntera. El valor de la persona y de la riqueza de las comunicaciones sufre aquí una clara inflexión según el análisis global propuesto por J.-P. Warnier.

Esquemáticamente, se puede afirmar que el juego tradicional produce vínculos sociales diversificados y de sociabilidad abierta, mientras que el deporte produce espectáculo y por ello, una sociabilidad cerrada valorando el rendimiento y las jerarquías. Sobre el plano educativo, no es seguro que la búsqueda de la dominación a ultranza corresponda a las finalidades más deseables.

Una pérdida de identidad

¿Una actividad física que se pretende universal podría ilustrar la singularidad de cada cultura? Las prácticas previstas como convenientes para una gran mayoría, pierden su sabor local, y el deporte corre el riesgo de convertirse en el “McDonal’s” de las actividades corporales. Al acceder a la mundialización, una práctica motriz se convierte en la actividad física común de todas las naciones: ofrece un lenguaje compartido. La paradoja está ahí: ¿Convirtiéndose en el esperanto corporal, el deporte no asume el riesgo de perder la singularidad de los lenguajes corporales propios de cada cultura?

Cada especialidad deportiva se impone gracias al recurso de la estandarización. Las reglas se hacen uniformes. Para lograr una práctica instantánea y una comprensión inmediata de toda la población, las normas han de ser simples y fácilmente descifrables. El atletismo necesita el mismo tipo de espacio, el mismo material e idénticos reglamentos en todo el planeta. La actividad se estandariza, los aparatos y el código se uniformiza. En el salto de altura, la natación o el fútbol, las obligaciones de tiempo, espacio y accesorios son iguales en Barcelona, Atlanta u Osaka.

Sorprende constatar que países que reivindican su autenticidad, como los países africanos por ejemplo, tiendan paradójicamente a imponer en su suelo el deporte por encima de todo, en detrimento de sus prácticas ancestrales. A pesar de que sus culturas encierran un rico tesoro de actividades lúdicas que se enraízan en un patrimonio cultural secular, estas naciones glorifican el deporte moderno exportado de otro continente. La paradoja es impresionante: ¡Los antiguos países colonizados, que se presentan tan reivindicativos sobre su identidad en otros planos, reclaman como propias las actividades de sus antiguos colonizadores! Digámoslo sin tapujos: el deporte es la motricidad del hombre, blanco, adulto y “civilizado”.

Por la selección de actividades privadas de su sabor local, ¿no se arriesgan las naciones a perder su identidad lúdica y corporal, es decir, una parte de su identidad social? La desaparición de las culturas corporales, en beneficio de una cultura

deportiva mundializada, sería tan grave como la desaparición del patrimonio lingüístico. El juego, el cuerpo, representa el lugar privilegiado de una cultura: por el espacio que dispone, por el tiempo y el ritmo que impone, por las acciones motoras y las comunicaciones que propone, los juegos físicos son como el espejo de cada civilización. A cada originalidad étnica le corresponde su singularidad lúdica. El “yo” de cada cultura se condensa en sus juegos⁵. Se puede hablar de la floración de una verdadera etnomotricidad en el sentido donde cada país y cada región poseen su propia motricidad ligada a sus creencias y a sus costumbres.

El amenazado destino del juego tradicional

Pero un contra argumento surge como una objeción: ¿comprometiéndose fielmente con las características del terruño, el juego tradicional no se está condenando a mantenerse al margen del interés de los extranjeros sobre el valor de lo auténtico? ¿El destino del juego local no se está encerrando dentro de una celosa mentalidad de geto al defender una reputada identidad inalienable? ¿El juego tradicional no se arriesga a convertirse así en un rígido testigo del pasado, un objeto de puro “folklore”? Una crispación nostálgica sobre épocas pasadas, que tienda a una “folklorización” de los juegos tradicionales, tampoco es deseable. La dinámica ludo-motora no está reservada al pasado: cada año, nuevas actividades nacen y se suman a las antiguas. Constantemente hacen su aparición casi-juegos e inéditos juegos de calle. No consiste en oponer las practicas antiguas a las modernas, sino distinguir entre el juego institucionalizado por las autoridades e instancias sociales —es decir el deporte— y todo el conjunto de otras actividades mantenidas en la sombra — los juegos tradicionales sí; pero también todas las actividades físicas informales o codificadas que se reproducen actualmente en nuestra sociedad—.

Otro peligro amenaza los juegos tradicionales: pretender dotarles de un estatus institucional. En esta óptica, se normalizan las dimensiones del terreno, el material y los equipamientos, se organizan encuentros entre varios clubes o agrupaciones, se registran los resultados y las clasificaciones. Este tipo de proyectos conduce a oficializar por ejemplo los enfrentamientos de Balón Prisionero o a transformar una partida de Pelota Sentada, juego paradójico de “todos contra todos” en un duelo entre dos equipos adversarios. La trampa se cierra. Este proceso de deportificación de los juegos conduce inexorablemente a adaptar la lógica deportiva omnipresente: estandarización, competición, dominación. Esto nos lleva a perder la originalidad de los juegos tradicionales sin ganar nada a cambio sobre el ámbito del deporte. Deseando revalorizar los juegos tradicionales al alinearse con los principios del deporte, lo único que se consigue es banalizarlos y que pierdan toda su esencia.

⁵ El autor hace un juego de estilo no traducible en español entre el yo de “je” y el “je u” de juego, de idéntica pronunciación pero diferente significado y escritura.

Esta actitud que se materializa en organizar jornadas-espectáculo de juegos tradicionales con el objetivo de promover estos, no parece tampoco una buena solución. De hecho, este tipo de juego no está pensado para ser visto, sino para ser jugado, no es un espectáculo sino una acción. Contrariamente al deporte que tiene una lógica interna explícitamente concebida para producir un espectáculo de masas, el juego tradicional crea experiencias de sociabilidad donde el interés por la espectacularidad es a menudo inexistente. En estas circunstancias, la tentación y el riesgo de proponer nuevas reglas demagógicas y complacientes con el espectáculo está siempre presente. Una de las derivas que esta búsqueda alocada de adhesión popular puede arrastrar a organizar bufonescas parodias como los “juegos entre pueblos” que ridiculizan a los jugadores y se convierten en objetos de burla.

El deporte tendría mala fe si no reconociera su deuda con los casi-juegos. No olvidemos que antes de ser anexionadas por las federaciones deportivas, muchas de ellas, como el windsurf, el ala delta, el monopatín, los patines, el rafting, el surf, el snowboard, el barranquismo o el voley playa, fueron, bajo nuestra perspectiva, casi-juegos innovadores que a menudo se marginaron y expulsaron ¡por las mismas federaciones que hoy los acogen! Han sido realistas aquellas que han sabido cambiar de actitud, pero está claro que se han beneficiado del sector que han querido dominar. El deporte no nos parece que sea el fin último de las actividades ludo-motoras; más bien, sus modalidades actuales parecen relativamente alejadas de las aspiraciones globales de las generaciones de hoy. La sorprendente eclosión de las prácticas físicas informales a lo largo de los últimos treinta años (surf, windsurf, rafting, barranquismo, bicicleta todo terreno, escalada...) es reveladora de una insatisfacción de los aficionados que desean separarse de las cortapisas centralizadoras, normativas y calificadoras del deporte. El surgimiento de los juegos deportivos de calle es otro indicador de este deseo de reapropiación bajo una forma menos constrictora y de mejor convivencia, de las prácticas psicomotoras –skateboard o roller- y sociomotoras -baloncesto, hockey o fútbol de calle-.

Respetar un equilibrio

Nuestra conclusión es clara: el deporte no es más que un subconjunto de la totalidad de las actividades ludomotrices. Es un subconjunto invasor, al que se le otorga la mayor parte del pastel gracias al proceso de la mundialización prontamente mermado, y que ha sabido apoyarse en su sorprendente rasgo espectacular. Una confusión lamentable y tenaz tiende a colocar en el mismo plano el deporte y las demás actividades físicas. Se observa la dificultad en considerar la dimensión institucional y sociológica del problema. El deporte es un efecto, un hecho social con una raíz mediática que se ha convertido en un producto comercial

de éxito de las multinacionales del espectáculo. Este producto cultural de siglo XX, mezcla de estética y suspense, está suscrito a las limitaciones del espectáculo y a su torbellino financiero, y no a las directrices educativas. De este modo, parece una ingenuidad que por el simple hecho de estar institucionalizado, el deporte sería más educativo que los otros juegos corporales. Afirmar que la mundialización es el criterio de una envidiable socialización, que el deporte ostenta la exclusividad de la motricidad legítima y deseable, revela una posición ideológica que no se quiere confesar como tal. Un análisis llevado a cabo con los instrumentos de la investigación moderna muestra que las actividades físicas informales y los juegos tradicionales proponen situaciones mucho más diversas y más, o tan ricas como el deporte. La corriente de la pedagogía nueva y sus métodos activos debe oponerse al terrorismo didáctico y a la arrogancia de ciertas instancias institucionales que pretenden y que empujan la homogenización de los modos de acción motriz.

La adopción de los juegos deportivos mundializados, es decir de los deportes, favorece la aplicación de una práctica en acuerdo con el resto del planeta, lo que es de gran interés; con la condición de no sustituir las prácticas ludomotrices locales que prolongan sus raíces en el terruño y son testigos de sentimientos de pertenencia local. Uno de los retos de los decenios venideros será el encontrar, tanto en la esfera educativa como en tantas otras, un equilibrio satisfactorio entre la imposición de limitaciones mundiales uniformadoras y las aspiraciones de los participantes en hallar modos de expresión motriz singulares en armonía con una identidad reconocible.

REDES DE COMUNICACIÓN MOTRIZ	DEPORTES		JUEGOS DEPORTIVOS NO INSTITUCIONALIZADOS	
	PRESENCIA	EJEMPLOS	PRESENCIA	EJEMPLOS
Duelo de individuos, simétrico	Sí	Judo, Boxeo, Esgrima, Tenis...	Sí	Pulso gitano, Taco-palmo (canicas), Pelota vasca...
Duelo de equipos, simétrico	Sí	Fútbol, Voleibol, Rugby, Water-polo...	Sí	Marro, Pañuelito, Ladrón de piedras, Partida de Tamboril...
Red de coaliciones de individuos, simétrico (todos contra todos)	Sí	Carreras de atletismo de medio fondo, carreras ciclistas...	Sí	Carreras de sacos, Carreras de aros...

Red de coaliciones de equipos, simétrico	Sí	Carreras de relevos (4 por 400m)	Sí	Rallies, La Vuelta al Mundo...
Red cooperativa	Sí	Patinaje artístico por parejas, Bobsleigh, Relevos natación en calles ...	Sí	Escalada encordada, Submarinismo, Travesías...
Duelo de individuos, disimétrico	No		Sí	La Bilarda...
Duelo de equipos, disimétrico	No		Sí	La Bandera, Chambot, Polis y Cacos...
Red de coaliciones de individuos, disimétrico-“todos contra todos”	No		Sí	Puche, Cato-cato...
Red de coaliciones de equipos, disimétrico	No		Sí	La Caza del Tesoro...
Red “Uno contra todos”	No		Sí	Escondite, A Pillar, A Alturitas...
Red “Un equipo contra todos”	No		Sí	El Oso y el guardián, La Araña...
Juego paradójico –“ambivalente”	No		Sí	Zorros, Pollos y Víboras, Pelota Sentada, las Cuatro Esquinas...

Tabla 1- Redes de interacciones motrices presentes en las dos grandes categorías de juegos deportivos: se observa que las redes de comunicación motriz de los deportes se limitan a unos restringidos modelos competitivos, mientras que los juegos tradicionales ofrecen una amplia paleta de experiencias relacionales donde la diversidad exalta la sociabilidad.

Bibliografía

Adam Yvon, "Quelques problèmes d'orientation et de pédagogie des activités sportives », en *Les Cahiers du Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes, activité physique, éducation et sciences humaines*, nº43, Paris, CERM.

Bateson Grégory, *Vers une écologie de l'esprit*, Tome I, Paris, Editions du Seuil, 1977.

Parlebas Pierre, « Le sport est-il un jeu naturel, universel et supérieur ? » en *VEN* nº387 p 4-15, 1984.

Parlebas Pierre, *Jeu, sports et société*, Paris, INSEP Publications, 1999.

Warnier Jean-Pierre, *La mondialisation de la culture*, Paris, Editions La Découverte, 1999.

Weber Eugen, *La fin des terroirs, La modernisation de la France rurale (1870-1914)*, Fayard - Editions Recherches, 1983.